



Mejor el silencio

Shannon E. Casallas Duque

Las palabras surgieron de la necesidad de nombrar todo lo que existe, sea material o inmaterial, para su entendimiento. A medida que la humanidad evolucionó y fueron más los descubrimientos que acontecían en la vida cotidiana, el hombre se vio en la necesidad de bautizar todo aquello en lo que puso mano, mente y corazón. Ha sido este el camino que nos ha vuelto dependientes de las palabras y sus sistemas categóricos, al crearnos malentendidos en la comunicación y alcanzar interpretaciones en su mayoría erróneas, en la búsqueda de comprender aquello que intentamos nombrar.

El silencio tiene la particularidad de dejar todo claro sin siquiera proponérselo. Pero debemos ser realistas: este por sí solo no hace nada, y son las situaciones que lo acompañan con las acciones de los silenciosos lo que permite identificar y descifrar el mensaje. Sin embargo, existen varias formas de arte que nos dejan ver cómo el silencio es un medio de comunicación más efectivo que las palabras y más significativo a la hora de expresar contenidos sobre la condición humana: pintura, escultura, danza, cine, etc. Con la idea, entonces, de que el silencio





es superior que las palabras en varias formas de arte, este texto tiene como propósito explorar la vida que aporta la mudez a las producciones cinematográficas actuales, para demostrar que, antes de elegir el diálogo, es mejor el silencio.

Alrededor de tres décadas después de que los afortunados pudieran ser testigos del nacimiento y la consolidación del séptimo arte por medio de proyecciones silentes y emotivas, debido al poder evocativo de las imágenes, se dio un momento evolutivo en el que el audio fue posible, y entonces existió la posibilidad de ir más profundo en la historia por medio de la “materialización” del inconsciente y subconsciente de los personajes. La existencia de un narrador adherido de forma sutil permitía bajo circunstancias especiales dar un sentido más exacto y mejorar así el arte de contar historias, al incluir tanto una imagen como una descripción de lo que daba lugar en una escena, una secuencia, una historia completa. Sin embargo, un siglo más tarde y cansados de la saturación de diálogos inútiles y sobrevalorados, vemos cómo la industria lentamente da vuelta y evoca su pasado taciturno, significativo, expresivo por lo que muestra, mas no por lo que en él se dice.

El cine mudo tuvo su apogeo en el siglo XX, más exactamente entre 1888 y 1920. La edad de la pantalla de plata —como es conocido este periodo— vio las creaciones breves y detalladas de intrépidos visionarios que tomaron la vida diaria como inspiración. Estos creadores fueron lo suficientemente perceptivos para entender la intensidad y durabilidad de la imagen sobre la palabra dentro de una historia, en un momento en el que los recursos audiovisuales y sonoros estaban en un crecimiento disímil para los fines propuestos. Si bien estos pioneros —entre los que se encuentran los reconocidos hermanos Lumière, Le Prince, Méliès Keaton, Chaplin, Porter, por nombrar algunos— tenían orquestas y carteles a modo de

subtítulos, su fuerte fue la consolidación audiovisual, el estudio de una imagen que fuera narrativa por sí sola y no necesitara de asistencias adicionales para su entendimiento. La fotografía debe, entonces, resumir el sentido de mil palabras siendo un camaleón con colores bien definidos.

Luego, por supuesto, como resultado del avance tecnológico de la industria, vino el sonido y con él la adaptación del séptimo arte para su crecimiento. Aun así, nunca se ha alcanzado tanta calidad audiovisual en el cine como en sus orígenes, y es después de esta etapa de explotación desmedida de los recursos disponibles que el séptimo arte ha retomado su origen silente y demostrado que la falta de palabras abre una gama de posibilidades que deben explorarse, porque le permiten a la historia dejar de lado las petulancias del habla y confiar en el silencio para transmitir el mensaje.

En tiempos actuales, hemos tenido cintas como *The artist* (2012), del director francés Hazanavicius, que fue totalmente silente y dio una sorpresa a espectadores y críticos al honrar de modo tan elegante y sentido al cine mudo. Esta producción dio un nuevo aire a la sobresaturada industria valiéndose de actores capaces de expresar un rango amplio de emociones por medio de su cuerpo y presentando una fotografía que resuena a Hitchcock y Kubrick. Esta “nueva” etapa nos recuerda el cuidadoso trabajo que se debe realizar al momento de montar una escena, para dar tanto coherencia como cohesión a lo que se relata. Esta es una característica de calidad perceptible solo a la mirada atenta de aquel que busca detalles para ser cautivado con grandeza. Esta cinta deja de lado la necesidad de utilizar un hablante exacerbado que parece ahogarse al intentar comunicarse con palabras de adulto para desarrollar una escena o una historia completa. Un ejemplo claro de esto son las actuaciones de Jesse Eisenberg en *The social network* (2010),





Now you see me (2013), *American Ultra* (2015), etc. Y también está el caso del extenso repertorio del director, guionista, actor y músico Woody Allen, considerado como uno de los grandes del cine por sus ocurrencias narrativas y sus intrépidos diálogos cargados de ironía, sarcasmo y romanticismo depresivo. Si bien no es franco refutar su talento narrativo, sí cabe manifestar un cierto cansancio por la repetitividad en estos proyectos que buscan usar las palabras como medio principal para contar la historia dejando de lado la construcción de imágenes autosuficientes.

Encontramos luego *The tribe*, película ucraniana dirigida por Myroslav Slaboshpytskiy en 2014, que utilizó en su totalidad lenguaje de señas ucraniano y no incluyó subtítulos de ninguna clase. Este desafío para los desconocedores de tal lenguaje vuelve a lo básico en el proceso de regeneración de las manifestaciones del cine, al demostrar que, si bien hay un guion desarrollado en lenguaje de señas, el silencio como medio de presentación hace que el espectador recobre un sentido de interpretación y detalle con más precisión lo que ante él se expone.

Terrence Malik, con sus cintas *The tree of life* (2012), *To the wonder* (2013) y *Knight of cups* (2015), explora a profundidad la narración de historias con muy poco diálogo y una fotografía que habla por sí misma. Aquí el silencio toma la mayor parte de dirección en la historia y nos permite explorar la esencia de la experiencia humana desde lo gestual, lo visual y lo sensorial. Las palabras quedan de lado, y la falta de sonido permite la lectura del subtexto dentro de las imágenes que llevan a la narración un paso más allá y se despojan del tedio que deviene de las conversaciones de doble sentido y llenas de palabras repetitivas.

Más recientemente tenemos *The revenant*, del director mexicano Alejandro González Iñárritu. Tal vez resulte monó-

tono para los cinéfilos nombrar esta cinta que se estrenó a finales del 2015 en Estados Unidos y a principios de 2016 en el resto del mundo, ya que desde entonces ha estado haciendo titulares por su dirección, fotografía y actuaciones. No obstante, es necesario a propósito de la idea aquí expuesta. Poniendo de lado la atención bien merecida que ha tenido la película, la adaptación del renacido en la pantalla grande nos provee de poco diálogo y expresiones humanas básicas. Entre gritos, ruidos, rugidos de rabia y aflicción, hemos descubierto que las palabras sobran cuando un rostro y un cuerpo se desdoblan como evidencia de todo aquello que no se ve a simple vista pero que existe. Las palabras están empezando a sobrar en un arte que está retomando su naturalidad audiovisual y dejando a un lado su parquedad gastada de explicar todo con diálogos que, a decir verdad, estorban.

Deberíamos, entonces, ver el silencio en el cine actual y ojalá en el futuro como una oportunidad de valerse de otros elementos para contar una historia, sin la obviedad que trae el uso excesivo de las palabras para explicar al observador lo que debería ser claro con una imagen. El cine, como una creación regenerativa, en técnica e historia, está recuperando su condición, buscando construir una representación visual a través de contenidos significativos tanto para los actores como para los espectadores. En este escenario, ninguno de los elementos que lo constituyen debe ser dependiente del otro, puesto que se verían insuficientes en un proceso de disección para su comprensión individual. Cada uno de ellos debería ser funcional por sí solo, y el silencio es muestra de ello tanto en el ideal como en la realidad.

